EL ARTE COMO FORMA DE CONOCIMIENTO EN LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

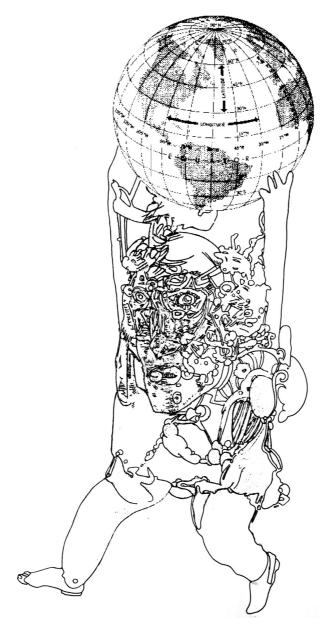
LUJÁN BAUDINO¹

l arte es tan pensamiento como la palabra y comprender en profundidad lo que implica esta condición puede abrir nuevos horizontes de esperanza a la vacuidad y al frenetismo existencial que padece el ser contemporáneo.

Asimilar, aprehender, hacer nuestra la idea de que el arte provee un conocimiento que puede ayudarnos a comprender y a pensar en nuestra vida cotidiana, no solo puede cambiar sustancialmente el concepto que tenemos del arte, sino que, por sobre todo, puede expandir nuestra manera de experimentar la realidad, ofreciéndonos un fecundo espacio de placer y conocimiento.

Para quienes entienden al arte como un recurso vital insustituible que cautiva los sentidos y transforma el alma humana, no resulta inverosímil afirmar que la experiencia estética deja tras de sí un conocimiento, un "algo" de difícil definición —pero imposible de negarque se va sedimentando a medida que se experimenta; siempre, nuestro ser tiene conciencia de que algo se ha modificado. La experiencia del arte, para quienes no estén acostumbrados a ella, es comparable al estremecimiento del hombre frente a la inmensidad de un paisaje, que, por un lado hace que sienta pequeñez en relación con lo observado y, a la vez, profunda satisfacción de ser parte de la naturaleza que admira.

¹ Historiadora del arte, gestora cultural y editora en Jorge Baudino Ediciones. Colabora en el Centro'feca Foro y Estudios Culturales Argentinos en investigación, y en el desarrollo y gestión de proyectos culturales. http://www.lujanbaudino.com.ar



Rafael Ginzburg. Sujeto dominante Tinta china sobre papel. 21 x 27 cm. (2012)

Esa sustancia que deja el arte en las personas constituye uno de los mejores bálsamos para el vacío existencial, ya que es una experiencia de puro "estar" (ser en un contexto, en un tiempo determinado) que compromete nuestros sentidos y ofrece una grata sensación física y espiritual. Con el arte, la angustia de ser y el ruido del pensamiento sin sentido quedan al margen y se vive en estado de puro presente.

El arte exalta la experiencia en sí y nuestra percepción, en otras palabras, honra la vida, y va transformando nuestra manera de ver lo que nos rodea, otorgando sentidos y ofreciendo nuevos horizontes para vivir nuestra realidad.

Quienes consideran que un cuadro es un conjunto de signos indescifrables —con más o menos referencias a su realidad, de difícil o imposible decodificación— deben saber que, debido al conocimiento que ofrece, la obra puede progresivamente convertirse en una ventana por la cual mirar un paisaje infinito en constante recreación, como una experiencia perfecta en donde la contemplación es el ejercicio del espíritu, una suerte de práctica espiritual que posibilita que enriquezcamos nuestro interior, muy poco cotizado.

El arte en general, y sobre todo el visual, nos ofrece una imagen/signo que requiere una operación contraria a la que estamos acostumbrados en una sociedad de consumo: nos demanda el tiempo de detenernos, acercarnos y contemplarlo, a diferencia de un escaparate, que a primera vista nos muestra todo lo que tiene para que podamos comprar aquello que ofrece.

Estamos habituados a constantes estímulos visuales pensados para ser rápidamente leídos y comprendidos (la imagen publicitaria) a través de la televisión, los monitores, los teléfonos; todo seduce nuestra atención y está creado con ese fin.

La imagen publicitaria de hoy define más de lo que imaginamos nuestra manera de ser y por tanto de consumir; por este motivo, experimentar el arte en la actualidad es un ejercicio que comporta un gran desafío para cualquier persona, ya que exige la operación contraria, requiere detener la vorágine del tiempo contemporáneo para contemplarlo.

El consumo de una obra de arte no tiene que ver con el acto adquirir/comprar; no hace falta poseer una obra para que despliegue ante nosotros su contenido. Es indispensable manifestar que lo que sí es necesario es poder percibirla, con lo cual, hay que tener acceso directo a ella, otra condición fundamental y muy pocas veces tenida en cuenta.

Hay que estar en presencia del arte para poder tener una experiencia estética, ya que en la mayoría de las disciplinas artísticas no se percibe la totalidad de la obra si se limita a las reproducciones.

La materialidad de la obra (sus dimensiones, sus formas, técnicas, etc.) condiciona su estructura y es canal del conocimiento. Ver el *Guernica* (Pablo Picasso, 1937) reproducido en un libro no trasmite la fuerza, el dramatismo y el dolor que se representa en el original —de casi ocho metros de largo y tres metros y medio de alto, actualmente en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid—, reflejo de una época signada por la muerte y la barbarie humana.

Indirectamente, podemos observar reproducciones, estudiar planos, imaginar columnas, podemos leer sobre la historia y hasta reproducir el templo del Partenón, pero es en la percepción del espacio, de la distribución de los elementos arquitectónicos y ornamentales que la obra se despliega ante nosotros y nos cautiva.

Todas las obras de arte que superan el paso del tiempo, perduran porque en un punto han podido representar el espíritu humano, lo indecible, lo bello que contiene el alma de la Humanidad y es eso lo que diferencia al arte de otras creaciones del hombre. Por ello, el contacto directo posibilita coincidir con ese valioso conocimiento contenido en la obra.

A diferencia del consumo, entendido como adquisición o utilización de un objeto, la experiencia del arte requiere de una serie de acciones previas para poder aprehenderlo en su esencia, requiere de una cierta preparación no considerada normalmente como necesaria, aunque en realidad, es indispensable.

Como una persona sin entrenamiento no puede competir en los 100 metros llanos, alguien que no está acostumbrado a experimentar el arte le resultará difícil comprender el signo artístico. De la misma forma que el atleta dedica tiempo para entrenar su cuerpo, quien desee la experiencia estética deberá cultivar sus sentidos mediante el ejercicio repetido de vivir el arte, con la certeza de que la constancia y la dedicación tienen siempre buenos resultados.

La fuerza comunicadora del arte requiere la educación de nuestra mirada, deshaciendo primero la urgencia por decodificar lo que se está viendo (como una necesidad impetuosa de repetir la acción de poseer el contenido en un instante), ya que la significación en el arte se produce mediante dos agentes inherentes: la obra y sujeto. No es la obra que dice ni el sujeto el que escucha, es una misteriosa relación epistemológica que se produce entre ambos y en donde cobran sentido como tales.

Para profundizar en el concepto del arte como una forma de conocimiento y la función del mismo en la crisis de la civilización occidental, citaremos algunos aspectos del libro *Crisis de civilización*. *Radiografía de un modelo inviable* de Josefina Regnasco y Rafael Ginzburg (Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones, 2012) a fin de evidenciar las características esenciales que comporta esta crisis y cómo el arte puede contribuir con nuevas formas de pensar nuestra realidad.

Según este libro no es que el sistema sea injusto, degradante, agradable, placentero o angustiante: el modelo civilizatorio tal y como se ha desarrollado a lo largo de estos veinte siglos de historia Occidental, es contrastadamente inviable; no solo por el profundo proceso de deshumanización al que nos está sometiendo el consumismo –con la creciente insatisfacción de deseos que se renuevan *ad eternum*—, sino que es inviable porque nuestro uso de los recursos naturales del planeta así lo determina.

Dice Josefina Regnasco:

Los procesos tecno-científicos vinculados con la economía capitalista están comprometidos en una carrera de hiperproductividad, cuya aceleración produce el quiebre de los ecosistemas de la tierra. Este proyecto desmesurado destruye, uno a uno, los sistemas de defensa del organismo planetario. Sin embargo, se lo sigue interpretando bajo la idea de progreso".(43)

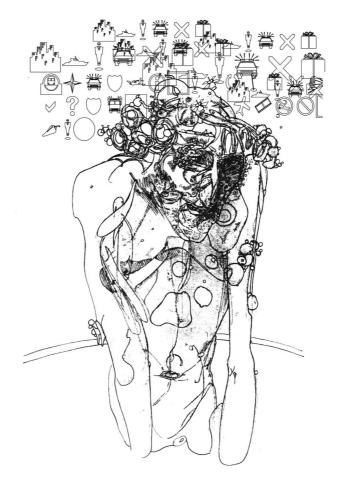
Hablar de una crisis de civilización es hablar de las limitaciones de una forma de interpretar, ya que en base a lo que interpretamos, construimos, y todo indica que es necesario cambiar nuestra forma de habitar el mundo. Es indispensable tomar conciencia de las deficiencias culturales que nos someten a una vida cada vez más alienada y de cómo nuestro comportamiento afecta negativamente a nuestro entorno para corregirlo.

Josefina Regnasco plantea que urgen nuevos conceptos sobre los cuales construir la sociedad. Como observa la autora,

Las ideas subyacentes de hombre, naturaleza, tiempo, productividad, racionalidad, condicionan el andamiaje conceptual del hombre contemporáneo sin que lo advierta, produciendo una ceguera sobre los efectos de sus

programas y recomendaciones. Es así como la sociedad vive la ilusión de crecimiento y de progreso, mientras la acumulación de desórdenes añade nuevos costos ambientales, sociales, sanitarios.(44)

Con una coherencia decisiva, integra al arte en su discurso filosófico compartiendo su espacio de pensamiento con el artista Rafael Ginzburg. En *Crisis de civilización*, el pensamiento de Josefina Regnasco está acompañado deliberadamente por dibujos de Ginzburg que actúan como bocanadas de aire epistemológico que aportan nuevas



Sujeto sujetado Tinta china sobre papel 21 x 27 cm. (2012)

formas de comprender, capaces de despertar nuestras adormecidas conciencias.

Ambos autores presentan la experiencia del pensamiento complejo –Edgar Morin es especialmente estudiado por Josefina Regnasco—, no así de una verdad inequívoca o una revelación de un principio indiscutible, para implicarnos en el acto de pensar sobre la inviabilidad del sistema en primera persona. Según palabras de Regnasco, "el propósito no es dar respuestas dogmáticas ni soluciones mágicas, sino proponer nuevas perspectivas de análisis. Más que formular respuestas, se propone cambiar el lugar de los planteos."

Incluir los dibujos dentro del discurso filosófico escrito –que inicialmente puede parecer una simple ilustración y no decirnos nada—, en el caso de *Crisis de civilización* socava nuestra manera de entender el conocimiento según un significado unívoco y unidireccional y coloca al arte como otro tipo de conocimiento, otra manera de aprehender la realidad, desde la pluralidad de sentidos.

Los dibujos de Rafael Ginzburg funcionan como otra mirada de lo mismo: el arte de Ginzburg en el pensamiento de Regnasco opera como una suerte de lenguaje *ad hoc* para ayudarnos a despertar, para ayudarnos a entender el estado de gravedad de las cosas a través de las formas artísticas, ya que la palabra parece no alertarnos lo suficiente y es en el lenguaje mismo, además, donde se encuentra contenida la forma en la que comprendemos y construimos el mundo, que es lo que está en crisis.

El ser humano occidental conoce poseyendo; la palabra nombra y se apropia del objeto; la forma occidental de conocer implica el poseer. La incondicional fe en la razón tecno-científica y la idea de progreso humano basado en el ejercicio de la dominación –y, por tanto, de la posesión y no sostenido "en colaboración" con el entorno– signaron a nuestra cultura occidental de manera determinante. El pensamiento como forma de resolución de todo conflicto se volvió un ejercicio obsesivo del ser que busca incansablemente asir la otredad, una prisión del espíritu que pretende abarcar todos los aspectos de la experiencia y subyugarla, pero a la vez lo subyuga; a esto se refiere Ginzburg en la obra *Sujeto sujetado* que acompaña este artículo.

Al respecto, Rafael Ginzburg reflexiona con su dibujo sobre la incomodidad que comporta la saturación de información; la contradictoria sensación constante de que algo está a nuestro alcance y a la vez nos falta; la aceleración progresiva de la percepción del tiempo; los efectos de nuestras decisiones cotidianas sobre la naturaleza; y el hábito, cada vez más extendido, de consumir personas o cosas, casi indistintamente, para llenar nuestra experiencia de vacío existencial.

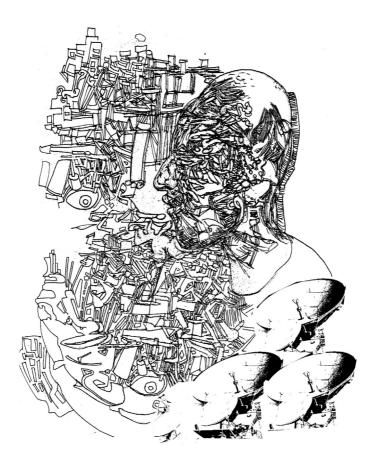
Desde su forma, los dibujos de Rafael proponen una pausa en la vorágine existencial, cuando nos detenemos a contemplarlos comienzan a desplegarse formas ocultas ya que la complejidad iconográfica de la que hicimos mención, impone tiempo para su decodificación.

Crisis de civilización muestra a un ser humano buscando fuera de sí su felicidad, su bienestar, saturado de información, poseído por su propio pensamiento y por las necesidades que le crea el medio que no logra nunca satisfacer completamente. En pocas palabras, Crisis de civilización habla de la invisible esclavitud que nos oprime y no nos deja ser. Crisis de civilización nos sugiere, desde la libertad que caracteriza al signo artístico, una reflexión fundamental: el cambio que le pedimos al mundo ha de iniciarse desde nuestro propio sistema de hábitos.

Tomar la responsabilidad de nuestra realidad —eso sería comenzar progresivamente a cambiar los hábitos que van en contra del planeta y de nosotros mismos— nos permitiría dejar de sentirnos víctimas de un mundo que no funciona y nos posibilitaría ser actores de un mundo que cambia y se regenera constantemente.

Para Regnasco y Ginzburg, el hombre debe volver a percibirse como formando parte del tejido de la vida y tomar conciencia del destino común de la humanidad para superar los efectos de la crisis de civilización en la Naturaleza y en nosotros mismos.

Vivir el arte puede ser primordial para elegir un nuevo camino que desarrolle la expansión de la mente y el espíritu humano, para lograr existir en tiempos y formas de vida que respeten nuestra propia naturaleza y, por tanto, el mundo que habitamos.



Rafael Ginzburg. In formación Tinta china sobre papel. 21 x 27 cm. (2012)